

su voluptuosa corte, lo han condenado á eterna y oprobiosa impotencia.

Entréguese el imperio á sus desórdenes, suenen las liras y los tambores, y las voces lascivas de las mujeres mezcladas con las de aquellos desgraciados que son ménos que mujeres, llenen las nubes de perfumes exhaladas de pebeteros de ámbar, el ambiente cargado de sonidos y de suspiros, envuélvase en telas de púrpura los señores del mundo, y corónense de flores; no tengan labios sino para cantares voluptuosos, ni manos sino para agitar las copas de oro que rebosan espumoso vino, ríanse en buena hora entre la embriaguez de las gracias de sus bufones, miéntras por las laderas de los Alpes baja Alarico, despues de haber saqueado á la Grecia, llevando tras de sí aquellos bárbaros que incendiando, talando, sin perdonar ni sexo ni edad, arrancan los niños al pecho de su madre para ahogarles, violan á las mismas mujeres que acaban de herir en la agonía, unen al hijo con su padre, y los arrastran atándolos á las colas de sus caballos; reciben desde los altos palacios, como una limosna, provincias enteras, y castigan de esta manera terrible en aquel infierno de la invasion á los tiranos que ni siquiera encuentran al caer del trono, un sepulcro en la tierra.

Ya desde este momento no hay fuerza humana que pueda evitar la catástrofe. El cielo se oscurece, el mundo tiembla, los lamentos son universales, el ángel de la muerte extiende sus alas sobre la tierra como un águila sobre su nido; los godos destrozan á Italia; los francos los mas ágiles y mas blandos de los bárbaros esclavizan á los galos; los vándalos en las aguas del Mediterráneo, sumergen los barcos que habian llevado en sus vientres los productos de la civilizacion por toda la tierra; los sármatas, guerrilleros que suben por las montañas en sus cabalgaduras húngaras, ligeras como águilas, armados de largas lanzas, y guarecidos tras sus escudos de lino lleno de aceradas puas, incendian las montañas de la Pannonia y de la Mesia, que parecen piras funerarias; los alanos, de rostro marcial, de larga cabellera, héroes hasta el punto de tener por un heroísmo el asesinato, y por una desgracia la muerte natural, adoradores de una espada puesta de punta en el suelo, á cuyo alrededor danzan como energúmenos, devoran España, cayendo como un torrente desde las crestas del Pirineo; los sajones, que creen tener el mundo como una presa entre sus garras, que gustan del ruido de la tempestad y de los combates con las olas, y los huracanes, no tan impetuosos como sus bárbaras almas, aque-

llos abortos del Oceano, que cuando se les aguarda huyen, y cuando se les evita vienen, extienden por la gran Bretaña de un mar á otro mar, el voraz incendio, de tal suerte, que la isla se parece á una lengua de fuego, y pasan á todos sus habitantes á cuchillo, siendo tan grande, tan terrible la catástrofe, que ruinas de templos, restos de incendios, montones de cadáveres aplastados no bastan á saciar á los bárbaros anhelantes del estermio universal; y así los infelices britanos se dan al suicidio, ó huyen en barcas entregándose á merced de las olas sin saber dónde van, reconviendo al cielo que los ha ofrecido á los bárbaros como se ofrecen los corderos á un festin; miéntras detrás de todos estos pueblos vienen tribus todavía mas feroces que ahuyentan á los mismos bárbaros, como si Dios hubiera estrellado el Universo en los espacios, y convertido el planeta en un monton de ruinas ó en un inmenso sepulcro; como si la humanidad agonizante cayera para morir en un inmenso cenagoso charco de hiel, de lágrimas y sangre, y aquellas tribus no fueran sino los cuervos venidos al olor de la muerte á devorar el gran cadáver de todo el género humano.

Por fin, los bárbaros se acercan á Roma. Alarico oyó mil veces en sus desiertos, una voz que le decia: "A Roma." Instintivamente, sin saber el camino de la ciudad que iba á destruir, toma la vía flaminia, el camino de los antiguos vencedores por donde César volvió de las Galias. Su ejército es como una tromba henchida de sangre. El ruido del trueno le precedia como si fuera la estridente trompeta anunciando á la ciudad eterna que sonaba su última hora en la tierra, y comenzaba el juicio de Dios en el cielo.

Seiscientos ochenta años hacia que Roma solo estaba acostumbrada á ver entrar pueblos vencidos por sus puertas. Ahora iba la reina del mundo á ser vencida. Las tiendas de los bárbaros, los carros de guerra acampan delante de sus muros. La ciudad que aterró á Anibal, hace reir á Alarico. Su senado que se creyera degradado si lo compararan á una asamblea de reyes, tiembla en presencia de un bárbaro. La Roma material brillaba como en sus mejores tiempos. Estaban de pié los arcos, las columnas, los simulacros, los templos, las estatuas; solo faltaban los romanos. No eran, no, romanos aquellos aristócratas opulentos que ocultaban su cobardía tras el amparo de glorioso nombre. No eran, no, romanos, aquellos alcabaleros, aquellos asentistas que, habiéndose enriquecido, formaban esa estúpida aristocracia del oro, incapaz de todo sacrificio. Mas plata tenia uno de aquellos usureros en su mesa, que trajo Escipion de la toma de



Cartago. Mas celebraban la conquista de alguna manceba aquellos perfumados elegantes, que celebró Mario la victoria de los cimbrios, Pero eran pobres en medio de su riqueza, porque no tenían una idea. Estaban hastiados en medio de sus placeres, porque no tenían corazón para ningún sentimiento. Vestidos de púrpura, sentados en su carro de guerra, eran esclavos del César, porque eran esclavos del vicio. No deliberaban sobre las alianzas de Roma, sino sobre las personas que convenia convidar á un festin. Desposeidos de toda religion, se habian tornado supersticiosos, y no salian de sus casas sino despues de haber consultado la posicion de Mercurio y la faz de la luna. El pueblo, en tanto, no podia pelear. Iba á recibir de limosna un pan, un puñado de bellotas, y no se acordaba del eterno pan del alma, de la libertad. De su servidumbre no se quejaba, no; quejábase de que habiéndose gastado tanto dinero en acueductos, no se hubiera gastado algo en viniductos. Entónces los césares destinaban toda la vendimia de la Campania á emborrachar al pueblo. Los bárbaros caían ya sobre Roma, y aún peleaban los gladiadores en el Circo, y tres mil bailarinas danzaban al rededor de los cadáveres, y tres mil coristas llenaban de cánticos el aire oscurecido por la tempestad. Alarico sintió la poblacion, tapió las doce puertas, cortó la navegacion del Tiber. Roma, que al mandar al mundo sus faciales le mandaba su autoridad, se estremecia de espanto y de terror. El hambre se levantaba sobre aquella ciudad que habia devorado mil pueblos. Todo se consumió. Los ciudadanos se mataban unos á otros para proporcionarse el alimento de carne humana. Algunas madres se volvieron locas de hambre, y devoraban á sus hijos. Los cadáveres estaban amontonados por las calles: sus pútridos miasmas envenenaron los aires. La peste siguió al hambre. Los paganos clamaban por las plazas diciendo que Roma se perdía, porque se habian perdido los dioses. Algunos cristianos iban al capitolio á evocar las antiguas fórmulas religiosas para que el rayo de Júpiter hiriese á los godos. ¡Ah! Los blancos toros del sacrificio habian sido devorados por el hambre de los estómagos, y los dioses devorados por esa otra hambre insaciable del espíritu. Los romanos salieron á tratar con Alarico. Su primera palabra fué una amenaza. Somos muchos, dijeron. Mejor. Cuanto mas espesa es la yerba, mas muerde la hoz. Los romanos retrocedieron espantados. ¿Qué quieres? Todo el oro. ¿Y qué nos dejas? La vida. Cuarenta mil esclavos, cuarenta mil vengadores de Espartaco, trasformando en espadas sus cadenas, corrieron al campo de Alarico á tomar ven-

ganza. Por fin entraron. Los ángeles esterminadores soñados por el evangelista en Patmos, armados de espadas mas largas que sangrientos cometas, les guiaban. Ardieron los templos, se arruinaron los palacios, murieron abrazados á sus dioses los romanos, fueron violadas las matronas sobre los charcos de sangre, entre los aullidos de aquellas fieras y el torvo resplandor de los incendios. Vosotros los que todos los dias llamais santa, divina, la tiranía; vosotros, los que quereis el silencio del pensamiento, y el ocio de la voluntad; ved ahí, hipócritas engañadores, el castigo de los pueblos que se entregan á la coyunda vil del despotismo.

Roma ha muerto. Los emperadores la asesinaron, Alarico la enterró. Odoacro no hizo mas que arrojar sobre su cadáver un puñado de tierra. Pero el espíritu de Roma no muere. Deja fundadas tres cosas que serán eternamente su gloria y nuestra fuerza. Dejó fundadas, la unidad humana, la ciudad, el derecho. Por eso Roma ejerce un prestigio tan grande hasta sobre los mismos bárbaros. Ermanrico, que no la habia visto nunca, y á cuyos oidos el nombre romano solo llegaba en alas de la tempestad, quiso fundar un imperio tan fuerte y unido como el imperio de Roma. Athanarico al ver un César, exclamó: "verdaderamente es un Dios." Alarico mismo se sintió sobrecogido de espanto al entrar como vencedor en aquella Roma que habia vencido al mundo. Atilfo muere en el teatro á manos de sus domésticos (*inter, fábulas familiares*), porque en vez de ser enemigo de aquella Roma hollada por sus padres, piensa en restaurarla. Odoacro quiere que se olvide su nombre bárbaro, y solo se ve en su frente el reflejo del alma de los césares; Teodorico, el gran Teodorico, guarda el imperio, sus leyes, su administracion, su gloria, sus magistraturas, como uno de esos soldados que en Egipto guardaban el sueño de las momias. La grandeza de Carlo-Magno que tanto nos asombra, y que ha pasado á la literatura y á las artes como un mitho, consiste en que siendo bárbaro consume su vida en evocar el imperio romano. Ese ideal busca por el mundo Carlos V, última sombra del génio de la caballería que se estingue en una inmortal carcajada de Cervantes. Roma es el sueño de los bárbaros; Roma impera durante la Edad media mas desde su sepulcro que durante la antigüedad desde su trono. Pero, señores, en este momento del siglo que historiamos, era preciso que Roma espirase, porque con Roma no era posible la idea de las nacionalidades. Permitidme, señores, permitidme que me detenga un instante con religioso respeto á considerar el nacimiento de nuestra



nacionalidad; permitidme que la salute como el hijo saluda á su madre; que la aclame como la personificación santa de todo lo que hemos respetado y querido en la vida; que bese su sagrado suelo cubierto con la ceniza de tantas generaciones de héroes; que envíe un suspiro de bendición á sus aires que han llevado al seno de Dios el alma de tantos mártires; que en este instante en que nace, como nace todo lo humano, entre lágrimas y sangre, recuerde los destinos gloriosos que va á cumplir en el mundo, recuerde, sí, que su pecho fué por espacio de setecientos años el escudo de Europa, que su génio dobló la creación, encontrando en la soledad del Atlántico un nuevo paraíso, santuario del hombre regenerado y libre; que sus naves salvaron la civilización cristiana amenazada de muerte en las hirvientes aguas de Lepanto, que en nuestro mismo siglo convirtiendo en altares de la libertad y de la independencia los muros de Cádiz, de Gerona, de Zaragoza, despertó á la Europa, y enseñó á los pueblos á vencer á los conquistadores, á derribar en el polvo á los tiranos, para que fortalecidos por estos grandes ejemplos, y aleccionados por estos grandes recuerdos, sepamos pelear y morir algún día si es preciso para conservar el depósito de las cenizas de nuestros padres, el sagrado suelo de la patria. Pues bien, señores, de los fragmentos del imperio se formaban las nacionalidades. Al concluir estas últimas edades de la civilización antigua, se siente dentro del mundo romano un gran movimiento en que cada pueblo busca su símbolo propio, como la señal de su nacionalidad. No significan otra cosa los treinta tiranos. Si los bárbaros, los venidos á dar la idea de individualidad, y la idea de las nacionalidades caían en la adoración de Roma, no se cumplían las leyes providenciales de la historia. Por eso Dios mandó pueblos aún más feroces que azotaran y empujaran á los bárbaros á cumplir sus maravillosos destinos. Vienen los hunnos á conmovir y aterrar á los mismos bárbaros. Originarios de los desiertos de Tartaria, y de las costas del mar glacial, engendrados en un punto, nacidos en otro, amamantados en otro, sin amor al suelo, errantes por inmensas soledades, teniendo por toda vivienda su carro de guerra, llenas de cicatrices las mejillas, porque al nacer se las han partido para que sintieran ántes en sus labios el amargor de la sangre que la dulzura de la leche; velludos de cuerpo como los osos, pequeños de estatura, nervudos, hundida la cabeza en los hombros, angosta la frente, casi ocultos los ojos, que brillan como los de las lechuzas en la oscuridad de la noche; calzados con pieles de cabra, vestidos con pieles de rata; bestias más que hom-

bres, figuras deformes semejantes á las que ha creado el miedo de todos los pueblos, el miedo, ese histérico del alma; deformes en sus costumbres como en su figura, pues comen raíces de sus selvas, ó carne cruda, beben sangre, llevan su ración entre las piernas y el lomo del caballo, lanzan gritos horribles, combaten cuerpo á cuerpo, apresan al enemigo arrojándole un lazo al cuello y arrastrándolo tras de sí; comen, deliberan, duermen, viven siempre á caballo, asestan en vez de flechas huesos humanos, no tienen idea de lo justo, ni sentimiento de pudor, no hablan, graznan como los cuervos, aullan como las fieras, y deshaciéndose unas veces como las montañas de arena de sus desiertos, y condensándose otras veces como las trombas marinas, son los residuos del mundo bárbaro que viene á quemar el cadáver de Roma, que no cabía en la tierra.

Dirigiendo aquellos bárbaros se levanta un hombre que parece el espíritu de las ruinas, el fuego siniestro y fosfórico que cruza por los cementerios; un hombre engendrado en un carro de guerra, nacido entre batallas, criado al pálido resplandor de los incendios; jugando desde niño con las cabezas de sus enemigos, pequeño como un enano fantástico en un cuento de brujas; de ancho pecho que hierve como el cráter de un volcan, de ojos hundidos que relampaguean, de rostro aplastado, lleno de cicatrices, semejante, *deforma offæ*, á una deformé tortuga, de color casi negro y cabello casi blanco; azote de la tierra, asesino de pueblos, verdugo de Roma, conocedor de su sangriento destino; con las manos siempre crispadas, airado siempre el semblante; llevando siempre una tempestad en su aliento: que si se mueve es para destruir una region, y si mata, para esterminar cien pueblos y dejar millares de cadáveres insepultos; de feroces instintos; de desenfadados apetitos, pues sus mujeres forman un ejército y sus hijos una nacion; sin creencia, sin culto; acompañado de enjambres de pueblos, servido de legiones de reyes esclavos, conciso en sus palabras que son aullidos, constante en sus propósitos, cruel como un tigre, vengativo como un chacal, y que, mostrando la Germania talada, la Mesia encendida, Betsaria borrada, Sirmum saqueado, setenta pueblos de Thesalia aniquilados, dos ejércitos romanos rotos, cien naciones perseguidas y cazadas como fieras, los dos emperadores del mundo á sus plantas, las Galias deshaciéndose bajo el peso de sus legiones, con la espada de los dioses germánicos en la mano y el odio á la humanidad en el pecho; montado en su negro caballo, cuyas crines, según la tradición, destilan sangre, parece Atila el Ariman el génio de



la destruccion evocado por el Oriente, ó Satanás que se escapa del infierno á empujar á los bárbaros para que cumplan su horrible destino de destruccion y de esterminio.

En aquella gran ruina, la Iglesia es el arca que va flotando sobre las aguas del diluvio. Lo digo sin rebozo, sin temer á que los enemigos de la libertad se aprovechen de mi declaracion; sin la Iglesia, en este momento, el mundo se hubiera perdido. La Iglesia es la unidad en aquel caos; la caridad, el amor en aquel odio universal; la disciplina de la autoridad en la anarquía; la fuerza moral cuando solo dominaba la fuerza brutal; la democracia espiritual y religiosa, en contraposicion á la aristocracia feudal de los bárbaros; la ciencia que ilumina las espesísimas sombras de la ignorancia; la sociedad espiritual que ora, intercede, perdona, cura, consuela, cuando todos odian, maldicen y matan; el eterno espíritu del progreso; la idea de Dios que se oculta en el fondo de todas las catástrofes para continuar la vida humana como la luz del sol que se oculta en todas las tempestades; el refugio de la conciencia humana, y sobre todo, el gran tribuno que se opone al desenfreno y al despotismo militar con la palabra; señores, la palabra, el verbo eterno del espíritu que hace temblar siempre á todos esos ridículos tiranos que, careciendo de una idea, solo se fian á la fuerza; bárbaro antropófago, dios que concluye por derribar á los mismos que le adoran. Reasumamos. El mundo antiguo dejó la unidad y la igualdad; el mundo germánico trajo la personalidad y la libertad; el mundo católico coronó estas dos ideas con la fraternidad y la caridad. Roma antigua murió en aquellas catástrofes como se disipa una víctima en el humo del sacrificio. ¿Habremos nosotros deducido de esto alguna enseñanza? ¿Será Roma una nube que se disipe en los aires? No. La historia, ó no es nada ó es la esperiencia de la humanidad que nos guarda provechosas enseñanzas. Mirad aquellos males, y vosotros me direis si sentís alguna espina igual en vuestro corazon. Una nube de sofistas servida por otra nube de soldados dominaba en Roma. Bastaba que hubiese un bárbaro con una espada muy larga y una ignorancia muy grande, un bárbaro que ni conocia las leyes ni conocia la hermosa lengua latina, para que todos creyesen que el poder debia ser su patrimonio. La tribuna estaba en el polvo, y rota, porque la tribuna es la única fortaleza á donde no alcanza nunca la espada de los soldados, ó si alcanza será fundida por la espada de fuego de la palabra con que Dios ha armado á sus elegidos, los hombres de la inteligencia y de la idea. El amor á los goces habrá quitado su luz á las

conciencias y su energía á los corazones. Todos estaban prontos á la traicion, al perjurio, por un puñado de oro, ninguno al sacrificio que purifica la vida. Vinieron primero los sofistas y degradaron las conciencias. Vinieron despues los tiranos militares y degradaron los caracteres. Tras los sofistas y los tiranos vinieron los bárbaros. Cuando las naciones llegan á este extremo, solo tienen un remedio. Si no lo sienten, si no lo conocen, ¡ay de las naciones! les aguarda la triste suerte de Roma. He dicho. (Estrepitosos y repetidos aplausos.)